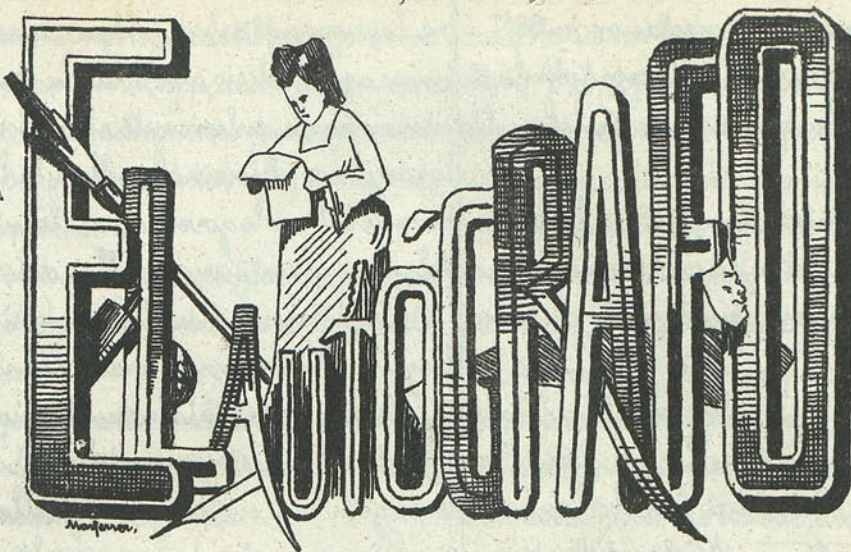


PRECIOS
un mes. Trece pes.
NUMERO SUELTO 1/2

Director literario
**EMILIO DE
FERRER**



SE PUBLICA
semanalmente, los
DIAS 2, 30, 38, 26 de CADA MES

Director artístico
**MAS FERRER Y
CODINA**

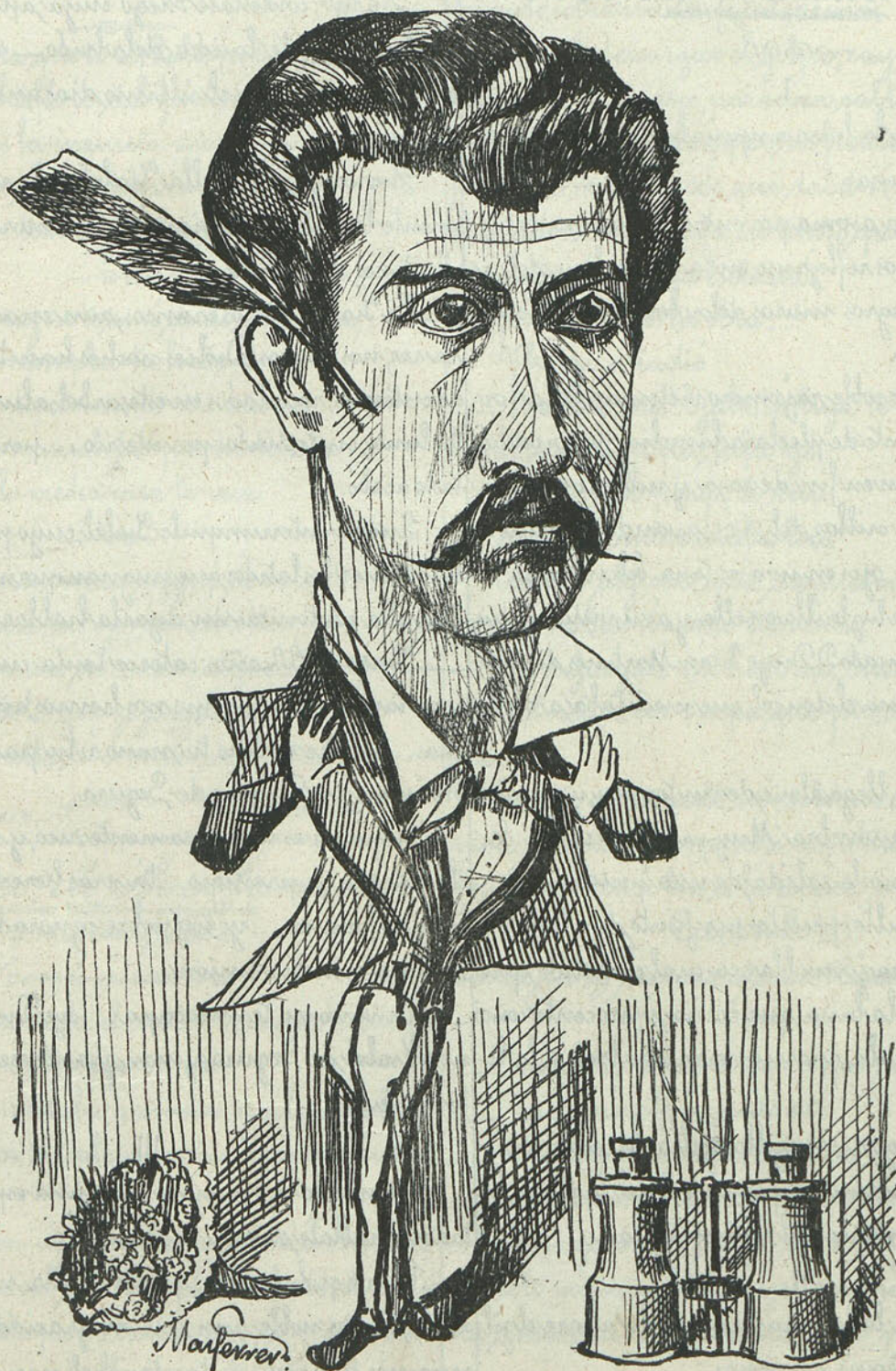


PUNTO DE SUSCRICION: PUENCARRAL 93 PISO 3º

CARLOS DICKENS

Carlos Dickens
el célebre novelis-
ta inglés, nació
el año 1812 en
Devonport.

Debutó en la
carrera literaria
con un gran nú-
mero de cuadros
de costumbres
publicados en el
Morning Chronicle,
del cual era
colaborador, y
que publicó mas
tarde colec-
cionados y reuni-
dos bajo el nom-
bre de «Cuadros
de Bazar». Escribió
mas tarde el «
Diario de Pick-
wick», que se hi-
zo popular y
le creó en por-
tiempo un nom-
bre célebre, y
la obra de Oli-
vier Twist en las
«Miscelaneas de
Bentley».



Un suscriptor.

Biblioteca Nacional de España

Entonces dió á
luz sucesiva-
mente: en 1838

«Nicolas Nickleby»,
en que hizo su
retrato: en 1840,

«La campana
de Master Hum-
phrey» y «Bar-
naby Rudge»,

cuadro exacto
de las rebeliones
de Londres en 1780; de

1843 á 1843 estu-
dios sobre la Ame-
rica y la Italia

que acababa de
recorrer; en 1843

«Christmas Carol»,
y de año en año:

«Chimes del «Grillo
del Hogar» y la
«Batalla de la

vida; en 1847 y
1848: «Dombay
and Son» y «Da-
vid Copperfield»

que es la historia
de su juventud.

Desde 1853 á
1864 publicó «Peck
Swan» «Little Do-
mit» «Hard Times»

The Tale of the Two Cities, y *A Great Expectation*; en 1867, *Our mutual friend*, y en fin en estos últimos tiempos *The mystery of Edwin Drood*, obra que la muerte le ha obligado a interrumpir.

La continuación de un trabajo excesivo, la había hecho perder el sueño y solo podía descansar un poco por la mañana, después de haberse paseado parte de la noche por las calles de Londres.

Murió el 9 de junio de 1870. Su tumba está colocada al pie de la estatua de Addison, entre las tumbas de Henry del, de Sheridan y el autor dramático Cumberland.

Marzo de 1873

Amelino, de Condoyar.

Los amantes de Cemel.

Traducción castellana

I

Dulce y suave la brisa empujaba las puras olas del humilde Guadalquivir.

Poética la luna, asoma por entre pardas nubes y sus plateados rayos reflejanse en la superficie del río, e iluminan los negros muros del soberbio palacio de D. Pedro de Segura.

Un doncel, de noble raza pero víctima de la fortuna, un descendiente de plebeya familia pero rodeado de pobreza, un joven en fin de raza, y noble corazón, camina silencioso a orillas del río, lavando á pequeños intervalos, sus negros ojos en una ventana del palacio.

De pronto una luz brilla en ella, y á su vista un suspiro exalta el infortunado D. Diego Juan Martínez de Margilla, que tal se llama el doncel, que meditaba á orillas del río.

Ácelera el paso, llega al pie de un torreón, y aguarda ocultándose en la sombra. Muy pronto el correr de unos corrijos, anuncia la salida de una persona.

Ábrese una oculta puerta por junto donde el doncel se recataba, y una joven blanca cual el vestido que llevaba, fresca cual la brisa que corría, é inocente como el río que murmuraba, aparece cerrando tras sí la libertadora puerta.

Adelantase Diego de Margilla, y ella le recibe con una sonrisa y un suspiro, y apoyándose del brazo del doncel, apartase lentamente del vetusto palacio.

II

Allá, do al venir la primavera, acude alegre el gijero á entonar sus trovas amorosas.

Allá, do siempre, aurora sonríe con mas dulzura

ra, bajo un riño arbolito cuyas ramas, besan sin cesar las puras aguas del río que á su pie corre, sentados á su pie, encuentranse dulcemente recatados y formando puros votos de amor, el joven Margilla y la bella Isabel de Segura, que tal era la joven que salió por la oculta puerta del viejo palacio que á orillas del río se alzaba.

Pero de pronto Margilla queda silencioso, y oculta su terza frente entre sus ardorosas manos.

Isabel contemplale en silencio, y al reparar su tristeza, dícele un voz que del cielo sin duda emana, según era su dulzura y belleza.

Diego: ¿pretendes acaso ocultarme lo que en tu alma pasa? . . . ¿Me ocultaste, acaso?

No tal; contestale Diego cuya apasionada alma sublevase ante la idea del chido — no tal te amo aun, pero . . . hoy es el último día que conversamos juntos.

Glorrízase la bella Isabel, pero moviendo tristemente la cabeza prosigue el enamorado Diego Juan Martínez de Margilla.

Si Isabel: niños eramos, aun cuando por primera vez nos vimos. Dulces noches han trascurrido desde entonces, recostados en este arbol, alumbrados por esta luna, custodiados por este río . . . pero desde hoy ya todo acabó.

Quiere interrumpirle Isabel, cuyo pecho apenas puede contener los latidos que pugnan por salir, pero Diego Margilla continúa sin dejarla hablar:

Tengo ya 17 años; catorce tenía cuando te conocí, y en tan largo tiempo nos hemos amado cada día mas . . . hoy he perdido tu mano á tu padre el muy noble infanzon D. Pedro de Segura.

Tu padre es inmensamente rico, y su nombre se halla rodeado de prestigio . . . tú serás heredera de su nombre y su fortuna . . . yo soy pobre, ignorado, y tu padre rechaza nuestra unión.

En vano eso te preocupa . . . oye Diego y sabrás quiénes es Isabel de Segura, y cuán grande es el amor que te profesa.

III

Tomando la hermosa joven una expresión arrebatadora, hablale de esta manera.

Tú eres pobre, mas ¿que importa si rico en virtud eres? tú eres noble, aun que desgraciado, ambos nos amamos, y si eres constante y fiel, no es obstáculo tu pobreza para que llegues á ser mi esposa.

¡O desprecio títulos y nobleza, castillos y dinero
y cuanto pudieran ofrecerse: y si acaso, de mi casa
me arrojan, vendré á tu lado, y si no podemos vivir
moriremos, al menos juntos, que tal es la dicha, de
los que se aman, de veras.

Marcha Diego, corre en busca de gloria, que por
tu vida, que sea, tu logro, rodearla, á tu frente,
y luego ven y tuya será.

Animado Diego por estas palabras, marcha pa-
ra la guerra, no sin obtener antes, de Isabel, el juramen-
to, de aguardarle, durante cinco años.

(se concluirá)

V. Masferrer y Codina.

La señorita D. Dolores G.

El día que te vi, sola y preciosa,
Entre las flores del jardín jugando,
Parecias la inquieta mariposa
Que su alegría cifra en ir saltando
Y constante y veloz, de rosa en rosa.

Mi corazón te amó desde aquel día,
Solo contemplar tu linda cara
Era constantemente mi manía,
Mas por casualidad por cierto rara
Como solo media cara te veía.

Tu hermosura juzgué de valor tal,
Que creía tus ojos dos estrellas,
Mas te miré de cerca en el portal,
Y uno de los que yo juzgaba estrellas
Era estrella, sí: ... mas de cristal.

Marzo 1873.

Enis Martínez

Francisco de Apellaneda.

novela histórica original de
V. Masferrer y Codina.

(continuación)

Retrocedi espantado: el cadáver era de Amina, y
tenía sus hermosos ojos fijos en mí.

La habitación estaba á oscuras, y solo una lám-
para espacia por la habitación, una amarillenta
claridad.

Arrojeme otra vez sobre el ataúd, besé á Amina
y yacando en un puñal que llevaba en la cintura,
dirigílo á mi pecho para acabar con mi existencia.

¡Ala, á descargar el golpe, cuando el llanto de un
niño llegó hasta mis oídos.

— ¡Ala! es mi hijo... ¡prece, soy padre! Sélo mirar por
ravel. Y arrojando el puñal, á un rincón, de la es-
tancia, me precipité sobre una cestita, dentro de la
cual se moría una tierna criatura.

Cogile, cubrile con mi capa, e iba á salir... pe-
ro en aquel momento abrióse una puerta, á mis es-
paldas, y apareció el padre de Amina.

— ¡Ah! eres tú! díjome parandose de repente, mi-
rándome con irritados ojos, y retorciendo los puños,
en tanto que haciendo un gesto horrible, y cogien-
do el puñal que yo había arrojado:

— ¡Eres tú! volvió á repetir, dando un inseguro pa-
so hacia mí, y mirándome con abrasadores ojos,
levanto sobre mi la fatal arma.

Pero al descargar el golpe, cayósele á sus pies;
retrocedió dos pasos, parecían saltarse los ojos, las
gotas de sudor caían por su frente, y mirando fi-
jamente, de un modo que daba miedo, soltó una
atronadora carcajada, en tanto que señalándome
el cadáver de su hija exclamó:

— ¡Mira! esta es tu obra...!

Y luego añadió

— ¡Maldito seas! ¡Ojala tu hija te haga padecer
lo que por tu culpa sufro yo.

Y salió sin parar de reir.

Aquel hombre estaba loco.

Cuando algunos años después volví á Toledo, su-
pe que había muerto también.

Tal es Gonzalo mi historia. Si vate ella, de ejem-
plo, y ohida, á esa mora, que puede hacerte des-
graciado.

En este momento, un soldado cubierto, de ace-
rada armadura, penetró respetuosamente en la
tienda poniendo fin á la escena anterior.

Capítulo III

Donde por vez primera aparece Francisco de Apellaneda

— ¡Señor! dijo dirigiéndose á Gonzalo de Córdoba.

— ¿Que ocurre preguntó este

— Nuestras Magestades Católicas, y el ejército cristia-
no, los prelados y multitud de nobles y magnates,
se hallan ya en el campo de las Alpujarras.

Solo vos, señor faltáis, y el rey notando nues-
tra ausencia mandome que por vos viniera

(continuará)

VARIEDADES.

Hoy publicamos la primera caricatura de la Galería de suscritores. Los que quieran figurar en ella pueden mandar sus retratos á la administración en un carné 93 piso 3º.

A un muchacho muy perezoso, se le suya para que madrugara. — Uno que se levantó muy temprano se encontró una bolsa llena de dinero. — ¿Si? dijo el chico, pues mas debió madrugar el que la había perdido.



CARLOS DICKENS.

Preguntándole si uno que hora era la mejor para comer contestó — Para el pobre cuando la tiene, para el rico cuando tiene apetito.

Solución a la charada del N.º 8.
Rosario.

Charada

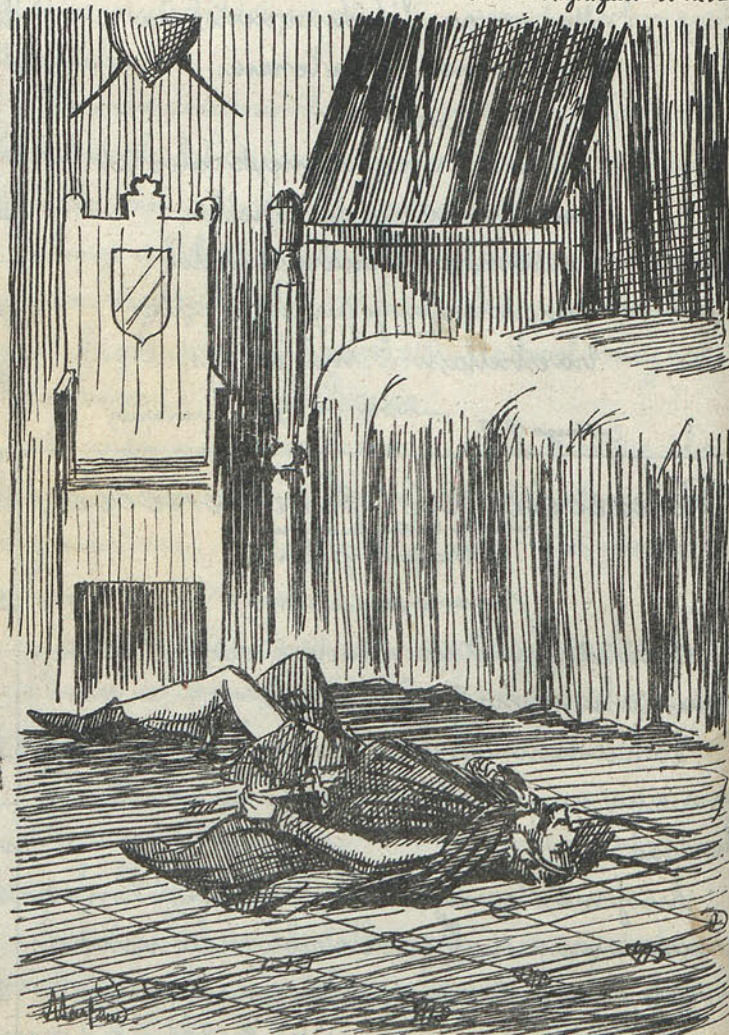
Una niña muy bonita me preguntó si tenía lo que primera y segunda juntas las dos significan. Yo contestándole con mi tercera, sencilla me mandó á buscar el todo nada menos que á las Indias.

Luis Martínez

Lib. de M. Gonzalez — Silva 32



Francisco de Avellaneda — Cogile, indrile con mi cana á la p. salis — (pag 35)



Los amantes de Cornet — Diego de Marzilla había muerto — (pag 38)